

Así ocurrió

*Jesucristo tenía que morir
Pese a todo tenía que morir
Aún cuando Pilato dijera que no
Caifás insistía tanto
Que se llegó a condenar al hombre
Tenía días sin comer
Y estaba tan débil
que al subir al monte de los Olivos
Con dos maderos al hombro
Iba de tumbo en tumbo
Pilato lo miraba con compasión
Y también los soldados romanos miraban
Fue entonces que ahí pasó un hombre
Simón Cirineo
Un negro fuerte, como Paul Robinson, pasó por ahí.
Miró aquello como sólo los negros saben mirar
Pilato sintió lo que el negro tenía en su corazón
Y a los soldados hizo una señal
Todos se echaron sobre Simón
Y con fuerza lo apalearon
Luego le dijeron: Toma la cruz y cárgala
Simón tomó la cruz
La tomó de la mano del blanco
Se echó a correr con ella
Se echó a cantar
Se echó a bailar
Bailó cantó
Se fue corriendo hacia arriba*

*Dejando atrás a todos
Regresó cantó bailó
Hizo girar la cruz sobre su cabeza
La echó al aire
La atrapó
La cruz quedó bailando sola en el aire
La gente gritó milagro
Y cuando cayó la cruz
Simón la tomó
Bailó mucho con ella
Antes de devolverla a Jesús
Desde entonces
Cuando es muy pesada una cruz
Cuando algo pesa demasiado
Para las fuerzas de un blanco
Llaman a un negro para que cargue
Después bailamos cantamos
Tocamos el tambor
Tocamos el bambú
Nuestra espalda es muy ancha
Cargamos la cruz, cargamos el fusil, cargamos
El cañón
Ayudamos al blanco
Cargamos los crímenes
Cargamos los pecados
Cargamos por todos*

*FELIX MORISSEAU LEROY, poeta haitiano
que permaneció muchos años en el exilio,
hasta la caída de los Duvalier. Es uno de los
principales precursores de la literatura
créole.*



La Muralla

Para hacer esta muralla
tráiganme todas las manos:
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos

Ay,
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte.

-/Tun, tun!
-¿Quién es ?
-Una rosa y un clavel
-/Abre la muralla!
-/Tun, tun!

-¿Quién es ?
-El sable del coronel...
-/Cierra la muralla!
-/Tun, tun!
-¿Quién es ?
-La paloma y el clavel
-Abre la muralla
-/Tun, tun!
-¿Quién es ?
-El alacrán y el cienpiés...
-/Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,
abre la muralla;
al veneno y al puñal,
cierra la muralla
al mirto y la yerbabuena,
/ abre la muralla !

Al diente de la serpiente
cierra la muralla
Al ruiseñor en la flor
abre la muralla

Alcemos una muralla
juntando todas las manos
los negros, sus manos negras
los blancos, sus blancas manos
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte..

GUILLÉN Nicolás. Poeta cubano



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....



ALGUIEN DESORDENA ESTAS ROSAS

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

De su libro: OJOS DE PERRO AZUL

Como es domingo y ha dejado de llover, pienso llevar un ramo de rosas a mi tumba. Rosas rojas y blancas, de las que ella cultiva para hacer altares y coronas. La mañana estuvo entristecida por este invierno taciturno y sobrecogedor que me ha puesto a recordar la colina donde la gente del pueblo abandona sus muertos. Es un sitio pelado, sin árboles, barrido apenas por las migajas providenciales que regresan después de que el viento ha pasado. Ahora que dejó de llover y que el sol de mediodía debe haber endurecido el jabón de la cuesta, podría llegar hasta el túmulo en cuyo fondo reposa mi cuerpo de niño, ahora confundido, desmenuzado entre caracoles y raíces.

Ella está prosternada frente a sus santos. Permanece abstraída desde cuando dejé de moverme en la habitación, después de haber fracasado en el primer intento de llegar al altar para recoger las rosas más encendidas y frescas. Tal vez hoy hubiera podido hacerlo; pero la lamparita pestañó, y ella, recobrada del éxtasis, levantó la cabeza y miró hacia el rincón donde está la silla. Debí pensar: “Es otra vez el viento”, por que es verdad que algo crujió junto al altar y la habitación onduló un instante, como si hubiera sido removido el nivel de los recuerdos estancados en ellas desde hace tanto tiempo. Entonces comprendí que debía aguardar una nueva ocasión para coger rosas, porque ella continuaba despierta, mirando la silla, y habría podido sentir junto a su rostro el rumor de mis manos. Ahora debo esperar a que ella abandone la habitación, dentro de un momento, y vaya a la pieza vecina a dormir la siesta medida invariable del domingo. Es posible que entonces pueda yo salir con las rosas, para estar de regreso antes que ella vuelva a esta habitación y se quede mirando la silla.

El domingo pasado fue más difícil. Tuve que esperar casi dos horas a que ella cayera en el éxtasis. Parecía intranquila, preocupada, como si la hubiera atormentado la certidumbre de que súbitamente su soledad en la casa se había vuelto menos intensa. Dio varias vueltas por el cuarto con el ramo de rosas, antes de abandonarlo en el altar. Luego salió al pasadizo, miró adentro y se dirigió a la pieza vecina. Yo sabía que estaba buscando la lámpara. Y después, cuando volvió a pasar frente a la puerta y la vi en la claridad del corredor con el saquito oscuro y las medias rosadas, me pareció que era todavía igual a la niña que hace cuarenta años se inclinó sobre mi cama, en este mismo cuarto, y dijo: “Ahora que le han puesto los palillos, tiene los ojos abiertos y duros”. Era igual, como si no hubiera transcurrido el tiempo desde aquella remota tarde de agosto en que las mujeres la trajeron al cuarto y le mostraron el cadáver y le dijeron: “Llora. Era como un hermano tuyo”; y ella se recostó contra la pared, llorando, obedeciendo, todavía ensopada por la lluvia.

Desde hace tres o cuatro domingos estoy tratando de llegar hasta las rosas, pero ella ha permanecido vigilante frente al altar; vigilando las rosas con una sobresaltada diligencia que no le había conocido en los veinte años que lleva de vivir en la casa. El domingo pasado, cuando salió a buscar la lámpara, logré componer un ramo con las mejores rosas. En ningún momento he estado más cerca de realizar mi deseo. Pero cuando me disponía a regresar a la silla oí de nuevo las pisadas en el pasadizo, ordené brevemente las rosas en el altar; y entonces la vi aparecer en el vano de la puerta con la lámpara en alto.

Tenía puesto el saquillo oscuro y las medias rosadas, pero había en su rostro algo como la fosforescencia de una revelación. No parecía entonces la mujer que desde hace veinte años cultiva rosas en el huerto, sino la misma niña que en aquella tarde de agosto trajeron a la pieza vecina para que se cambiara de ropa y que regresaba ahora con una lámpara, gorda y envejecida, cuarenta años después. Mis zapatos tienen todavía la dura costra de barro que se les formó aquella tarde, a pesar de que permanecieron secándose durante veinte años junto al fogón apagado. Un día fui a buscarlos. Esto fue después de que clausuraron las puertas, descolgaron del umbral el pan y el ramo de sábila, y se llevaron los muebles. Todos los muebles, menos la silla del rincón que me ha servido para estar durante todo este tiempo. Yo sabía que los zapatos habían sido puesto a secar y que ni siquiera se acordaron de ellos cuando abandonaron la casa. Por eso fui a buscarlos.

Ella volvió muchos años después. Había transcurrido tanto tiempo, que el olor a almizcle del cuarto se había confundido con el olor del polvo, con el seco y minúsculo tufo de los insectos. Yo estaba solo en la casa, sentado en el rincón, esperando. Y había aprendido a distinguir el rumor de la madera en descomposición, el aleteo del aire volviéndose viejo en las alcobas cerradas. Entonces fue cuando ella vino. Se había parado en la puerta con una maleta en la mano, un sombrero verde y el mismo saquito de algodón que no se ha quitado desde entonces. Era todavía una muchacha. No había empezado a engordar, ni los tobillos le abultaban bajo las medias, como ahora. Yo estaba cubierto de polvo y telaraña cuando ella abrió la puerta y en alguna parte de la habitación guardó silencio el grillo que había cantado durante veinte años. Pero a pesar de eso; a pesar de la telaraña y el polvo, del brusco arrepentimiento del grillo y de la nueva edad de la recién llegada, yo reconocí en ella a la niña que en aquella tormentosa tarde de agosto me acompañó a coger nidos en el establo. Así como estaba, parada en la puerta con la maleta en la mano y el sombrero verde, parecía como si de pronto fuera a ponerse a gritar, a decir lo mismo que dijo cuando me encontraron boca arriba entre la hierba del establo, todavía aferrado al travesaño de la escalera rota. Cuando ella abrió la puerta por completo, los goznes crujieron y el polvillo del techo se derrumbó a golpes, como si alguien se hubiera puesto a martillar en el caballete, entonces ella vaciló en el marco de claridad, introduciendo después medio cuerpo en la

habitación, y dijo con voz de quien está llamando a una persona dormida: “¡ Niño ! ¡ Niño !”. Y yo permanecí quieto en la silla, rígido con los pies estirados.(...)



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

POR ESO
CANTO AL DÍA
Y A LA LUNA,
AL MAR, AL
TIEMPO, A
TODOS LOS
PLANETAS,
A TU VOZ
DIURNA Y A
TU PIEL
NOCTURNA

Pablo Neruda



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

La niña de Guatemala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirio los ramos
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterraron
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor.
Él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás el pueblo en tandas
todo cargado de flores.



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Yo, como tú,
amo el amor, la vida, el dulce encanto
de las cosas, el paisaje
celeste de los días de enero.
También mi sangre bulle
y río por los ojos
que han conocido el brote de las lágrimas.
Creo que el mundo es bello,
que la poesía es como el pan, de todos.
Y que mis venas no terminan en mí
sino en la sangre unánime
de los que luchan por la vida,
el amor
las cosas,
el paisaje y el pan,
la poesía de todos.

Roque DALTON Poeta salvadoreño



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Si tú me miras yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje el río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas.
Ahora que me miraste y que viniste
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste

más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer, a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana, al descender al río,
la que besaste llevará hermosura!



Ficha bio y bibliográfica del autor

.....
.....
.....



Escriba, en español, su interpretación.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

.....
.....